

Humanitas

Anuario del Centro de Estudios Humanísticos
de la Universidad Autónoma de Nuevo León

2009

Año 36 Vol. III

Letras



UANL®



Rector

Jesús Áncer Rodríguez

Secretario de Extensión y Cultura

Rogelio Villarreal Elizondo

Centro de Estudios Humanísticos

Alfonso Rangel Guerra

Anuario *Humanitas* es una publicación trimestral de humanidades editada por la Universidad Autónoma de Nuevo León, a través del Centro de Estudios Humanísticos. Certificado de Licitud de Título y Contenido número 04-2009-091012392000-102. Oficina: Edificio de la Biblioteca Universitaria “Raúl Rangel Frías”, avenida Alfonso Reyes 4000 Nte. Primer piso, C.P. 64440, Monterrey, N. L. México. Teléfono y fax (81) 83 29 40 66. Domicilio electrónico: cesthuma@mail.uanl.mx. Apartado postal No. 138, Suc. F. Cd. Universitaria, San Nicolás de los Garza, N. L. México. Edición: Francisco Ruiz Solís. Portada Cinthia Pérez.

HUMANITAS

ANUARIO

CENTRO DE ESTUDIOS HUMANÍSTICOS DE LA
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

Director Fundador

Agustín Basave Fernández del Valle

Director

Alfonso Rangel Guerra

Jefe de la Sección de Filosofía

Cuauhtémoc Cantú García

Jefe de la Sección de Letras

Alma Silvia Rodríguez Pérez

Jefe de la Sección de Ciencias Sociales

Ricardo Villarreal Arrambide

Jefe de la Sección de Historia

Israel Cavazos Garza

ANUARIO
HUMANITAS 2009

Letras

DESTIERROS

Gabriela Riveros Elizondo*

POR UN MOMENTO AJENO A LOS ESPECTADORES, reinó el silencio dentro del silencio. El director alzó los brazos.

Accidentes

El mensaje

Adentro del cuarto oscuro Helena frota un cerillo. Su rostro claro y avejentado, su cabello de leona entrecano se iluminan. Enciende el cirio. Acerca el cerillo a su rostro para apagarlo.

Y brillan sus ojos de lechuza,
estanque de arena y sombras.

Helena sopla y un hilillo de humo se eleva entre la escasa luz cobriza. El olor a fósforo quemado se esparce por el cuarto. En un rincón, envuelto en una cobija, Alberto, su hijo, ronca con los ojos entreabiertos.

Helena se hinca frente a imágenes y estatuillas. Se persigna tres veces, murmura con los párpados cerrados, los dedos entrelazados.

* Lic. en letras españolas por el ITESM, escritora.

Te ruego por mi niña, por mijita, para que vuelva pronto, por ella, Maripaz, mi chiquita, mi bolita de algodón, por lo que más quieras, mi Señor, por favor, que ya no tarde.

El dolor es una caricia perversa que sacude el estanque de arena y sombras, la voz entrecortada por el recuerdo de su hija.

Tocan a la puerta.

Helena frunce el ceño y vuelve su cabeza.

Y brillan sus ojos de lechuza.

A veces Helena descubre su mirada vasta.

Cae la noche sobre el desierto. La luna generosa y blanda palpita sobre la llanura. El cielo azul intenso resplandece atrás del lomerío lejano. Una estrella relumbra en el horizonte.

La brisa de polvo y grillos merodea por los cuartos de adobe, se interna en el corral con chivas y gallinas, se filtra chillando por los huecos entre ventanas, muros y techos de lámina.

En medio de la oscuridad, del cascabelear lejano de víboras que no se ven, Marina arrastra las sandalias de caucho sobre la arena. Ha caminado toda la tarde con la niña atada a su espalda con el rebozo. Una punzada en la cintura, un calambre en la espalda le impiden ya levantar los pies del suelo. La lengua pegada al paladar sedienta y amarga. Marina fija su mirada en el cuarto de adobe que despide una lucecilla.

Un paso. Y otro paso.

Una punzada y el aliento que falta. La niña siempre silenciosa. Y en cada paso, su cuerpecito golpeando la espalda dolorida. La tensión en el rebozo polvoriento.

Y esa ventana relumbrosa.

Ráfagas heladas, cansancio que cega.

Toca a la puerta.

La puerta cruje; enseguida un tunelillo se tiende entre la mirada de ambas mujeres. Helena la deja pasar. Sacude un tapete, le ayuda a descolgar a la niña dormida en su espalda, la acomodan ahí. Marina saca dos monedas de cinco pesos de su morral y las pone sobre la mesa.

Córima tortía.

Córima.

Helena le sirve agua, le da unas tortillas duras. Marina las sostiene frente a su boca y las come con desesperación. Helena se hinca frente al cirio y las estatuillas; prosigue con sus rezos.

El silencio del cuarto se entrelaza al crujir de las tortillas que se disuelven entre los dientes de Marina. Helena, con los párpados cerrados, mueve sus labios.

Marina la contempla, se acomoda junto a su niña y se queda dormida.

Antes del amanecer Marina despierta. Escucha los grillos, los ronquidos de Alberto, la respiración pesada de Helena. En silencio se pone de pie, se acomoda las faldas, se amarra las sandalias y coloca a la niña dormida en su rebozo.

Helena duerme recostada sobre su lado derecho.

Marina de pie detrás de ella, junto al catre desvencijado.

-Helena...

Helena despierta y se vuelve. Sus ojos de ámbar asoman desde la oscuridad. El tunelillo entre las miradas se tiende de nuevo y se prolonga durante unos instantes. Marina se acerca a su oído y susurra...

Helena la contempla pasmada. Sonríe a la imagen que su mente le devuelve. Marina recoge su morral, se dirige a la puerta y sale.

En medio de la oscuridad y el sonido de los pasos que se alejan, Helena se sienta en el catre y frota sus párpados, vuelve su mirada amarilla hacia arriba.

Se mece.

El cirio se ha apagado.

Y en el vaivén, el catre cruje.

A lo lejos, el cielo ya destila la claridad del día.

El traslado

Parpadeas, Julia.

Un llano espolvoreado de yucas y pitayas, de cactus y magueyes regados por el azar del desierto se sostienen más allá de tu frontera, de tu párpado sereno, de esa ventana del auto siempre cerrada, a veces para huir del aire que hierve, a veces por costumbre.

Parpadeas, Julia. Vislumbra un llano que inunda tu mirada. Una lágrima ancha y tibia escapa y recorre tu mejilla derecha. Secas con tu mano el rostro, presionas con el índice el lagrimal. Otra brota por el ojo izquierdo. Tu cabello oscuro, corto y despeinado por la prisa del viaje. Tus ojos enormes parpadean rápido, quizá para evitar el llanto.

Y para qué evitarlo, Julia.

El desierto te envuelve en velos de silencio y claridad. Bajas un poco el vidrio del auto. El viento apresurado te ensordece y seca tu rostro. Aprietas los párpados, inhalas ese aire hirviente. Expiras. Los abres. Cierras el vidrio y te recoges.

La vastedad de planicies de arena y polvo luminoso se extienden hasta el horizonte. Navegas como amonite en el antiguo Mar de Tetis, navegas fiel al camino trazado por el asfalto. Sólo en el parpadeo, que no dura sino un instante, se entrecorta esa visión. En la lejanía divisas hileras de montañas azuladas y sombrías por la distancia, como si alguien las hubiera colocado ahí para enmarcar este desierto. Para que los rayos del sol que caen por las tardes encuentren un lecho en el cual penetrar a las escasas nubes que, plateadas, luminosas y coronadas de mamey, se tienden sumisas sobre sus rugosos y enormes cuerpos.

Pero Julia, el dolor es una punzada que hiere dentro del estómago, detrás de la nuca, a un lado de la memoria,
es el aliento sereno que no vuelve
y esa angustia que te carcome lenta y perenne,
perforando el vaivén de tus días y tus noches hasta volcarlo todo
en un abismo, en una de esas grietas que cargas dentro.

Mamá se puso muy mal, Julia... Vente lo más pronto posible... Los doctores todavía no saben bien qué es...

Y tú eres la única hija mujer, la que vive lejos, siempre corriendo de vuelta al pueblo.

El dolor es el silencio que perfora y arde en su mudez.

El dolor es una ausencia,

es el tiempo que se detiene de súbito y nos aplasta con su inercia.

¿Quién eres tú, Julia, navegando en este mar prehistórico hoy desolado?

No maltrate las señales. No deje piedras en el pavimento. Altura libre 5.5m. 110 km/hr. Paradero de emergencia a 500 m.

Trailers que rebasan con sus cajas dobles y sus nombres de empresas multinacionales, el mismo trayecto desde tu infancia, con mejores pavimentos, con doble carril.

Papá y mamá al frente, los vidrios abajo y el aire caliente del desierto oreando nuestro sudor, las gotas que resbalan por la espalda, Marcelo y yo discutiendo para delimitar nuestro territorio sobre el asiento trasero, mitad y mitad. Mamá: Marcelo se está pasando con el codo, ¿falta mucho para llegar? No me gustan esos sandwiches, quiero fritos, una carretera remendada y roída por el desierto, por el descuido del gobierno, por la miseria que avanza como una sarna implacable sobre la piel de nuestros pueblos. Tolvaneras y vados, remolinos de arena, la firma del diablo, zonas de silencio en medio del silencio más profundo y algunos crucifijos con flores de plástico, papi, ¿por qué ponen esas cruces ahí?, aerolitos y cuarzos, polvo y más polvo, a veces tienen jugo de naranja en Bermejillo, a veces, pero papá no se detiene nunca y por las noches las estrellas brillan palpitantes contenidas tras ese manto claro que es el cielo a punto de estallar, de desbordarse sobre el llano.

Cuarenta años de recorrer el mismo camino. La luminosidad reflejada por el polvo y el cielo cohabitan esa inmensidad. A veces se asoman crucifijos al pie del camino, avisos de muertes precoces, a veces caballos flacos o diminutos caseríos desteñidos.

El desierto nos concibe desolados,
suspendidos en una mudez absoluta,
serenidad que nos amansa,
en ese tiempo que es otro,
nos arrebatada, nos vuelve invisibles,
perdidos de nosotros mismos.

Parpadeas, Julia, y ese acto se convierte en la única forma de corroborar que vives, que estás aquí avanzando sobre la carretera a Chihuahua, en medio de un desierto que se extiende más allá del paisaje, más allá de tu memoria, tendido sobre la cresta de tu monotonía citadina, de esta angustia que hoy guardas dentro, con temor a que el resplandor de la mañana lo encandile, a que se escurra entre tus dedos y arda sobre esa piel interna donde habitan los recuerdos, tu infancia, tu origen, con miedo a que el dolor mismo te haga despertar y entonces, tú seas el único testigo de cómo ese concierto de voces que hoy te conforma se desmorone frente al más vertiginoso silencio.

Introduces el disco en una especie de reflejo involuntario. El Réquiem de Mozart, uno de tus predilectos. Necesitas silenciarte bajo esa música y esas voces. CD 01.

Y el lejano batir de las campanas de una catedral gótica llega hasta tu desierto.

Pausado.

Como una premonición que avanza tras de ti.

La música germina en ese contrapunto sereno,
melodía triste que brota Dios sabe de dónde y te toca esa llaga que arde.

Requiem aeternam dona ets, Domine,

Et lux perpetua luceat ets.

Julia ¿Por qué te gusta tanto esa música compuesta para velar a un muerto?

La idea pasa cerca de ti, como un susurro junto a la oreja y te estremeces.

La música te desnuda, te desuella.
No hay nada que puedas hacer contra eso,
lo sabes bien, desde niña.

Surge la voz de tu madre, con esa claridad de los recuerdos que asombra y permite revivir un instante. Observas el juego sutil de luz y sombras en su rostro, el movimiento de sus labios al hablar, te acercas casi hasta tocarla... Mejillas tersas con lunar, los diminutos poros de la nariz, el iris verde y miel, las pestañas siempre agitadas en su continuo parpadeo. Inhalas su aliento suave, olor de antaño y de infancia, de tardes apacibles, cálidas en el vaivén de aquella mecedora, la terraza con sus chicharras y aquella canción de cuna y el cielo con su furia de oro y fuego despidiendo el día. Vislumbras el brillo de la luz en sus manos, las diminutas grietas de la piel.

Acercas tu dedo índice para tocarla,
Pero ese intento, esfuma su presencia,
una burbuja que se rompe.

La vida no puede ser la misma sin ella.

Un estallido se expande dentro de tu pecho... Ya no puedes recordar con exactitud, la forma de su nariz, la comisura de sus labios...

Y el desierto siempre inmutable,
esbozos de montaña descansan a lo lejos,
fantasmas.

La carretera nace bajo el cofre de tu auto y se extiende en línea recta hasta internarse en el horizonte.

Parpadeas: zona de tolvaneras. Algunos cuartos de adobe junto a la carretera. Restaurant El Porvenir. Tome Coca Cola. Se venden dátiles, pistaches. Crucifijos grises con flores polvorientas asoman a la orilla de la carretera. Se venden fósiles. Matorrales dispersos, trozos de llanta regados, un par de caballos flacos mordisquean la llanura. Tránsito lento carril derecho. Los trailereros fuman, se levantan el pantalón jalándolo por detrás.

Caseríos. Alcanzas a vislumbrar su interior. El carro te protege, prolonga tu guarida. Pasas a unos cuantos metros de los cinco cuartos y de los ocho trailers. Cada uno con su historia personal, sus palabras, su destino.

Un escalofrío te recorre.

La música se aleja.

Julia, eres vulnerable, una ponchadura de llanta, cualquier cosa. Tu cuerpo adentro de esos cuartos, fotografía instantánea que te crispa los nervios. Alientos de alcohol y dientes manchados. Miradas obscenas. Unos dedos te tocan. Rostros relucientes y cabellos tiesos por la grasa de días. Carcajadas y vientres enormes. Uñas largas y negras por las costras. Una mano sobre tu nalga, estás rebuena, güerita, no se miasuste que no muerdo fuerte. Fotografía instantánea.

Eres Julia, pero a quién le importa si eres Juana o Meche o Silvia o Ana, podrías ser lo que ellos quieran. Tu casa queda lejos, escondida en una ciudad de tantas, en una colonia recóndita sobre una montaña de todas las que conforman este país. Tu calle: un punto diminuto casi imperceptible entre el laberinto de hilos que entretejen las ciudades. Y Santiago tan lejos y tus hijos Adrián y Paula y tu madre recostada, moribunda y todo tan ajeno a este desierto estéril en donde uno podría buscar eternamente la salida y en ese intento volver siempre al punto de donde se parte.

El desierto, su calor, nos lame el entendimiento.

Y tu madre.

El viento quemado por los años, por tanta luz; arde la piel y la mirada,

exalta los ánimos de esos guerreros y de sus víctimas. Quizá con el machete, con un palo para defenderse, un pene erguido, uñas que arañan la tierra.

Y esa cápsula tuya avanzando sobre la carretera a Chihuahua. Prolongación de tu mundillo, el aire acondicionado, las tubas, los fagots, las sopranos, el refresco acomodado, los asientos tersos.

Confutatis maledictis.

El miedo aleja la tristeza de tus párpados pesados. Una imagen dulce, que no sabes de dónde viene, aparece sutil en tu memoria.

Percibes la suave brisa del continuo movimiento de las siete faldas de una mujer tarahumara que recorre este desierto luminoso tendido bajo el horizonte infinito.

El inmenso contraste de las percusiones y los tenores contra el acallado murmullo de sopranos y violines te estremece.

Una tercera imagen se sobrepone: la mancha lejana y acuosa sobre el pavimento. Y sin hacerlo consciente, crees que es un espejismo, como siempre.

Y esas mejillas de sol y polvo de la niña que la acompaña, el movimiento de sus también siete faldas. Dos engranajes que giran y giran juntos para impedir que el tiempo se estanque en ese pueblo.

El auto de adelante pisa el freno súbitamente; gira dos o tres veces patinando sobre el diesel.

El desierto brillante se paraliza, los músculos de tu cuello se contraen, tus ojos se agrandan.

Una pipa enorme de gasolina se acerca. Cachalote sereno navegando sobre el sopor del medio día.

El murmullo de los barítonos languidece y se aparta de ese tambor recreado en tus sienes, en tu pecho, tus rodillas cosquillean. Pisas el freno, una y otra vez.

Nudos en el estómago, cosquilleo en los brazos, tus ojos enormes y fijos en la defensa,

en el nombre de Santiago,

en el cabello de Adrián sobre su frente adolescente,

en los deditos de Paula niña,

en tu propio horror,

en aquel Pedro de antaño,

en el murmullo del Requiem,

en el brillo extraño de la mirada de aquella niña de siete faldas.

Giras y giras.

Esa niña podrías ser tú, Julia, ¿o no?

Tu pie sobre el freno, los chillidos de los cauchos silencian el murmullo de los coros y violines.

Aaaaameen.

Y tu auto y el desierto sólo y los hombres del caserío.

No puedes escapar.

El trailer cambia las luces. Un claxon sonoro y desesperado se eleva sobre el llano.

No encuentras más asidero que la muerte.

Giran las siete faldas en círculos enormes que te arrojan al vacío, al silencio.

Abres la puerta. Presionas el botón rojo para liberarte.

Ruedas en el aire.

El trailer, la pipa, el auto de adelante y el tuyo en una carambola.

Una fogata enorme alimenta este infierno.

Las llamas crepitan, algunos cuerpos se arrastran entre llamas y polvo.

Dicen que no hay quien vigile los cuerpos vacíos.

Y ese enorme anhelo de volar.

Extiendes tus brazos y el aleteo cruje en este aire apretado.

Dicen que tú fuiste la menor de los rarámuris.

Y todo se consume lentamente bajo el batir de ráfagas luminosas.

Y ese aire ardiente que deforma el paisaje,
como si todo esto sucediese tras un cristal.

Sombras pardas salen de los cuartos de adobe y corren hacia el accidente.

No habrá historia. Nunca hubo historia.

Arriba en el cielo, tras un velo de humo, un ave solitaria extiende sus alas y planea serena.